

## INTERVENCIÓ D'EUTIQUIO SANZ A ESPAI OBERT . 19 octubre 2013

El 30 de junio de 1909 escribía Carlos de Foucauld desde Tamanrasset al P. Caron: “*Volvamos al Evangelio; si no vivimos el Evangelio, Jesús no vive en nosotros. Volvamos a la pobreza, a la sencillez cristiana... Volver al Evangelio es el remedio.*”

**Uno.** Recordemos la suerte de los dos hombres camino de Emaús: iban derrotados, huyendo del campo de batalla que había sido el lugar del fracaso. El crucificado, que en vida había sido portador de las esperanzas de los desposeídos, todavía se perfilaba en su horizonte mental: pobre víctima del poder sacerdotal, aliado al poder político y, puntualmente, al estamento militar extranjero. ¿No has sabido nada de eso? “¿Acaso eres tú el único forastero que ignora lo que aconteció en Jerusalén “ durante estos días malditos?... Sorpresa, realmente. Pero pronto la sorpresa va a cambiar de signo.

*Al aceptar al otro, recibieron casi sin saberlo – y en todo caso, sin haberlo planificado – la visita del Todo Otro.* Los cuatro evangelistas, cada uno según sus matices propios, han conservado esta fuerte invitación de Jesús, de ir hacia “el otro”, “el diferente”, “a la otra orilla”, “a las otras aldeas”... Caminar hacia él. Hacer como Abraham, salir de la tierra propia, ir hacia lo desconocido. *Xeneteia*, dice el griego: aceptar la confusión, la desorientación, y llegar a ser, uno mismo, el extraño, el foráneo, ser extranjero en tu propia tierra, en tu propia iglesia. Aceptar el riesgo de no saber, no conocer, no entender. El que se aventura hacia el otro – sea éste judío, musulmán, palestino, budista, cristiano, o vecino de barrio – en su consistencia propia, hace primero la experiencia de la confusión. No se trata ante todo del idioma lingüístico, sino de todas las maneras humanas de comunicarse y del mismo contenido del lenguaje. Uno tiene que aceptar no comprender nada, perder las propias referencias. En este “cambio de paradigma” histórico, o este “choque de civilizaciones” y de lenguas, o este conflicto fratricida, pareciera que todo es diferente: los valores, los signos, los comportamientos, las visiones del mundo. Frente a la prueba o la disyuntiva *excluir o incluir* ¿cómo no entender la tentación de la cual habla Dostoievski: volverse Inquisidor, y eliminar pura y sencillamente al otro?

El evangelio invita a superar constantemente esta reducción intolerante, intolerable. Superar permanentemente la tentación de eliminar, hasta físicamente, al otro. Mientras que **para el cristiano, el otro es la primera palabra que Dios le dirige**. Sobre todo si este otro – no necesariamente simpático o santo – es el “tierrúo”, el “marginal”, o el de otra religión, de otro bando político, otras costumbres,... el *otro*. El discípulo de Jesús está invitado a descubrir en él al propio Maestro. Decía el Hno. Carlos: “*Quiero que todo los hombres, cristianos, judíos, musulmanes, vean en mí al Hermano Universal*”. **Llamada a la universalidad, a la inclusión.**

**Dos.** Esta primera ley de tolerancia activa y centralmente evangélica va a la par con una segunda constatación. A lo largo de todo el texto bíblico – es decir, a lo largo de la historia de Israel, prolongada en la vida de la Iglesia; a lo largo de esta historia leída con parcialidad subjetiva por el creyente, aparece también la **permanente parcialidad subjetiva de Dios**. Parcialidad hacia el pobre y el abandonado. Hacia el débil frente al fuerte. Hacia el segundo, de cara al primero. Hacia el hijo pródigo, prófugo y rebelde, frente al hijo fiel a la casa. Hacia el pecador, rechazado por el grupo y recuperado por el amor divino, hacia las víctimas frente a los verdugos...

La paradoja, aquí, es que Dios acompaña al débil y al pecador, dejando discretamente a su buena suerte al poderoso y al santo. Según la Biblia, y en especial, según la nueva ley de Dios, *así es Dios* (Mt 11,25-28: “Te doy gracias, Padre, porque has revelado estas cosas...”). Él mismo se aniquila, se vacía de su sustancia y su poder, se vuelve *nada* (Flp 2,5-11), dice san Pablo. Este símbolo nos devuelve, no la imagen de un Dios despótico y militar que iniciara una cruzada armada contra el mal, sino la de un Dios cuya omnipotencia se vuelve debilidad. **Dios frágil, Dios débil**, débil mental, inclusive, ya que no hace otra cosa que perdonar y perdonar, como si no fuera consciente de la importancia de las apuestas, es decir: protegerse personalmente contra los abusadores, y defender su poder. “Dios nuestro, que con tu perdón y tu compasión, nos das la prueba más delicada de tu omnipotencia”, dice una oración de la liturgia cuaresmal. *Este simbolismo de la kénosis, del vaciamiento de la divinidad y su poder omnímodo, destituye de manera total e irreversible cualquier pretensión humana de cualquier poder dictatorial o intolerante*, aunque fuese en nombre del mismísimo Dios todopoderoso. **Espiritualidad encarnada, hecha carne. Desde una actitud de vaciamiento se puede leer la oración del Abandono.**

**Tres.** Tercera constatación, tercera afirmación – o negación. *No*, el evangelio no ha fundado ninguna cultura determinada. *No*, no existe una cultura cristiana occidental. *No*, el evangelio no tiene por función proteger los muros de la ciudad. *No*, el evangelio no destruye ni funda ningún poder, a no ser el propio poder de Dios. **El evangelio es peregrino**: salió de su cuna judía, emigró a la cultura intelectual griega, se coló en el marco organizativo del imperio romano y latino. Después, es decir a partir del siglo IV, para bien o para mal, la Iglesia agarró esta cultura grecorromana por el mango, se apoderó de ella, y a lo largo de los siglos, se instaló cómodamente en ella. Se acostumbró a mandar, y a ser obedecida. Cultivó el poder, y pasó, frecuentemente, del servicio al “autoservicio”. Más aún – suprema blasfemia – quiso administrar la violencia en nombre de Dios. Entonces, *la Iglesia se apoltronó* en esta cohabitación. Se instaló en esta “poltrona”, y la hizo muy confortable para hundirse en ella. Así es como ella misma, en cuanto cuerpo social, se volvió “poltrona”: floja, holgazana, vaga y cobar-

de. ¡Ahí la sorprendió la modernidad! que ella no acaba de aceptar. La Iglesia nuestra sigue viviendo, no de sus fuentes más genuinas, sino de “tradiciones”, en plural y con minúscula; sigue recordando con nostalgia el cuerpo doctrinal que empezó a tallar a su medida a partir de comienzos del siglo III, y que ensanchó, luego, sin medida, a partir del siglo IV.

Pero el sueño de siglos pasados está en trance de concluir. Es hora de que volvamos a una mayor libertad evangélica, a una actitud de servicio, a una conciencia humilde de *minoría*. El Evangelio nos recuerda: “¡No temáis, pequeño rebaño!”. Y si Jesús dice estas palabras es, evidentemente, porque *existen sobrados motivos humanos para que sí tengamos miedo*. Miedo a la inseguridad, a la peregrinación, a la pobreza, al vacío, al desprestigio social, al silencio imponente de Dios, a la desnudez de nuestra fe, a la fragilidad de nuestra esperanza, a vivir a la intemperie...

La renuncia a los privilegios y los mandos de la Iglesia en la sociedad, ¿debe acaso ser un ardid, una estratagema “hábil”, una simple tregua, un armisticio forzado, el reconocimiento amargo de la imposibilidad de “convertirnos” unos a otros? No. Será, más bien, la expresión de un reconocimiento recíproco que encuentra su fundamento en el mismo evangelio: “*Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve*”. “Vosotros sois la luz del mundo, vosotros sois la sal de la tierra”.

En suma, confesemos que **el Reino de Dios, utópico, es nuestro horizonte**, y que mientras tanto, la Iglesia no está llamada a *instalarse en forma definitiva en ninguna cultura, ningún poder, ningún grupo social determinado*; y más bien a vivir más marginal que triunfal, es decir, **se trata de vivir una Espiritualidad del Reino**.

**Cuatro.** La exégesis contemporánea de las Escrituras y la historia de la Iglesia primitiva nos enseñan que la proclamación del evangelio de Jesucristo dio a luz una **profusión extrema de expresiones institucionales, creencias, relaciones, éticas, formas de vivir**. ¡Nada de la uniformidad más o menos gris que nos han impuesto los últimos siglos de decisión centralizada! **Archipiélago de comunidades, diversidad de responsabilidades, variedad en las solidaridades, multiplicidad de interpretaciones creyentes**. ¡Cuán lejos estamos hoy de esta regocijante exuberancia!

De este mismo pluralismo inicial habla el hecho ejemplar de que la Iglesia reconoció y retuvo como legítimas *cuatro* maneras de ver e interpretar a Cristo; *cuatro* evangelios, y no uno solo, para manifestar la *unidad plural* en la proclamación multifacética de la misma “buena nueva”.

Esta unidad plural debe indudablemente inspirar nuestra tarea azarosa, pero urgente, de justificar teológicamente la tolerancia activa y respetuosa de la que hablaba antes. Pues ningún sistema dogmático puede agotar la riqueza potencial del evangelio. La unidad y la catolicidad de nuestra Iglesia no justifican para nada,

ni la *conformación* de un único modelo institucional,

ni la *conformidad* frente a la existencia del mismo modelo,

ni el *conformismo* friolero y borreguil de quienes sólo pueden entregarse como esclavos, abdicando la libertad.

**Espiritualidad de cuerpo, de cuerpo místico, unidad en la diversidad. Llegar a ser, como Carlos de Foucauld, el “marabú”, el hombre de Dios para nuestros hermanos.**

**Cinco.** La historia anterior da amplio motivo para pensar que, **desde el inicio del siglo tercero, la religiosidad de tipo institucional ha tendido a ganarle la batalla, en la Iglesia, al testimonio o grito profético.**

El *sacerdote* ha logrado opacar al profeta.

La *ley* ha tendido a triunfar sobre la libertad.

El *poder* ha logrado suplantar en gran medida la creatividad y el futuro.

El *orden* ha conseguido hacer dudar de la fecundidad de la aventura intelectual y de la libertad espiritual.

La *institución* ha favorecido la inmediatez de la posesión de Dios.

La *palabra* segura y afirmativa ha asfixiado la timidez del silencio apofático.

*Cristo presente* ha ahogado al Espíritu...

Desde aquel entonces, **nuestra Iglesia, heredera de la institución triunfante de comienzos del siglo III, está en mora y deuda con la profecía.**

Apelo a vuestra propia experiencia:

En lo referente al *éxodo de la palabra de Dios*: la tradición eclesial, a menudo ya no es el espacio privilegiado para escuchar esta palabra, la cual parece desterrada del mundo de los hombres. Los lugares oficiales de la presencia divina se han hecho arcaicos, y el hombre moderno, incluso cristiano, se ha quedado como huérfano de evangelio.

En cuanto a la *experiencia religiosa*: hoy día, la búsqueda de Dios se queja amargamente de la vacuidad del sermón eclesial; a menudo, la búsqueda de Dios debe realizarse contra o fuera de la institución religiosa, por no encontrar en ella el apoyo activo y el aliciente suficiente

En cuanto a la *laconciencia de identidad cristiana*: en un contexto institucional desfasado y anticuado, lugar de poder y culto sacral, ¡cuántos cristianos ya no se sienten a gusto! ¡Cómo se ha anquilosado la moral de libertad del evangelio!

Parece importante aceptar la herida provocada por el “profeta”, aun violento, malcriado o “mal creyente”. Es preciso aguantar pacientemente el sufrimiento infligido; aceptar la brutalidad y alteridad de la palabra de Dios recibida en plena cara, desde donde menos se esperaría, desde la nueva “paganidad”; romper la autosuficiencia y la circularidad mezquina del pequeño grupo caluroso...

El incipiente *siglo XXI* debería ver un regreso a posiciones más favorables al *cuestionamiento profético*. **Vivir una espiritualidad de desierto: de búsqueda, de discusión, de diálogo, de crecimiento, de afianzarse en la libertad a pesar de todas las cebollas y ajos que se nos puedan ofrecer, de saborear la experiencia de sentirse amado por Dios que hace camino a nuestro lado...** Y Dios convierte el desierto en vergel. Los signos precursores de una nueva primavera no faltan. “Pues yo voy a realizar una cosa nueva, que ya aparece, (dice el Señor). ¿No lo notáis?...” (Is. 43,19). “Yo estoy con vosotros, dice Jesús, hasta el fin del mundo” (Mt. 28.20).

**Siete.** En el *siglo II*, el autor anónimo de la Carta a Diogneto subrayaba *los dos peligros mayores* que acechan a los cristianos: renunciar a su misión específica huyendo de la tierra, o imponer su propia dictadura queriendo ser amos y dueños del significado de la vida. Dos peligros opuestos, circunscritos por este escrito precioso, obra de un creyente que ha meditado largamente el contenido específico de la vida cristiana..  
El primer peligro no parece ser, en lo inmediato, la mayor tentación nuestra.

En cambio, es curioso constatar cómo los esquemas mentales de cierto “constantinismo” o de cierta edad media nos siguen provocando. En un clima cultural postmodernista, donde suelen imperar el respeto al individuo, a la dignidad, a lo mejor del subjetivismo personalista, nos persiguen los fantasmas pasados, los antiguos esquemas de la “política cristiana”. Creemos, sin embargo, que las únicas referencias al evangelio aceptables en clima *laico* son la reivindicación de la razón – como poder ordenador – y la libertad – como horizonte. Por lo contrario, se reconocen las huellas del “imitador” no cristiano o del tentador, desde el punto de vista cristiano, por la invocación al evangelio como premisa para una política partidista. Es por la denegación de toda coacción – aun disimulada - que el cristianismo puede regenerar la razón política. Es por el respeto a esta razón que se puede hacer sentir la razón evangélica, que es del orden del *testimonio*. **Entre el apremio y el testimonio debe optar el evangelio.**

Pareciera que nos resulta difícil aceptar este desafío. Entre el inmediatismo y la escatología, es frecuente que contemos como ese hombre, obsesionado de Iglesia, que fue san Cipriano: como si la Iglesia fuese centro obligado del universo, y no levadura en la masa... Pareciera que la modernidad, y su consecuente relación entre política y fe, no ha bajado a nuestra sensibilidad más honda, y por ende, tampoco a nuestra práctica eclesial inmediata. Utilizamos las instituciones de la laicidad, pero a cada momento buscamos la sanción de nuestras instituciones por el poder civil (o, más interesadamente aún, la retribución económica de nuestro “servicio a las almas”...), así como los hombres políticos huérfanos de una genuina razón política, pretenden “untar” de bendición religiosa lo propiamente político de sus decisiones temporales. En este último caso, gritamos escandalizados a la “utilización” o “manipulación”... Con mucha “razón”. Pero nos cuesta tomar conciencia de que nuestras prácticas religiosas son frecuentemente del mismo tenor: utilización y manipulación. En realidad, poco nos hemos liberado del afán de una mutua tutela... cada vez que nos conviene. Con términos parecidos a los del antiguo papa Gelasio, o del más reciente (¡que *no* moderno!) León XIII

**El cristianismo es del orden del testimonio.** Hermosa palabra. Sin embargo, la queremos utilizar con temor y temblor. Traduce el griego *martyrion*. O más exactamente: tan costoso y sangriento se volvía el testimonio, para el cristiano de los orígenes, que el concepto griego, copiado por el latín, dio la doble traducción: de “testimonio” y, pronto, la de “martirio”. El *mártir* es el testigo tan tolerante para con *el otro* – o tan intolerante si se presenta algún ataque a *los derechos de Dios (no de la Iglesia)* -, que prefiere dar la vida propia y no quitarla a otro, en la expresión de su fuerte convicción. En vez de hacer violencia al otro, se hace violencia a sí mismo, y paga la totalidad de la factura.

Hoy en día, una fe que ya no tiene que legitimar a ningún príncipe, ni ponerse al servicio de ningún gobernante, ni justificar ningún abuso, está en trance de volver a descubrir que su único poder es el de la Palabra, la cual nos lleva, dentro del cristianismo mismo, *de la violencia de la convicción a la fuerza del testimonio*. Carlos de Foucauld insistía en que debíamos gritar el evangelio con la vida; desde los tejados, no ser “perros mudos”.

Pero si algo caracteriza la espiritualidad foucauldiana es la **vida de Nazaret**, la vida ordinaria, vivir la cotidianidad con sentido y en esa cotidianidad descubrir a Dios. La ley de la Encarnación, de S.Irineo: Dios se hace hombre para habitarse al hombre y que el hombre se habitúe a Dios. En palabras de S. Juan de la Cruz: la vena y raíz oculta de donde todo mana, la fonte que mana y corre... Nazaret, tiempo de sencillez, tiempo de cotidianidad, tiempo para Dios... entrar en el Kairós divino, en el hoy eterno de Dios.

**Nazaret es un lugar:** el lugar geográfico que Dios elige para crecer entre los hombres, para enraizarse en lo humano. En tiempo de Jesús Nazaret es una pequeña aldea de Galilea, esa Galilea de las naciones que era despreciada, una aldea de la que se pensaba que no podía salir nada bueno: eso era Nazaret. A los ojos de Carlos de Foucauld era verdaderamente un pueblo único, donde Jesús, el Modelo Único, ha aprendido todo del hombre, ha crecido sometido a sus padres humanos.

Nazaret es el lugar donde Jesús encontró su sitio, el lugar hacia el que descendió, según las palabras de Lucas y, como comenta Carlos de Foucauld, Jesús no hizo más que descender a lo largo de su vida; no reivindicó ningún privilegio por lo que era, descendió a ese lugar donde uno puede ponerse humildemente al servicio de los hombres, al sitio donde se es

pequeño, abordable, vulnerable. En este sentido únicamente Nazaret es el lugar de la búsqueda del último lugar. Ese lugar está en todas partes. Aunque algunos tienen el poder y el deber de buscar dónde serán más útiles a los demás, al prójimo, la mayor parte de la gente ha de vivir donde la vida los coloca.

Este lugar se caracteriza por no ser de paso, sino de residencia. Nazaret es el lugar donde se echan raíces; es lo contrario del nomadismo y la vida errante, aunque pueda vivirse Nazaret con continuos desplazamientos. Todo aquello que sea signo de enraizamiento humano es uno de los valores de Nazaret.

Nazaret no es Belén, la ciudad real; tampoco es Cafarnaún, lugar de las primeras manifestaciones de Jesús y de predicación; tampoco es Betania, lugar de descanso y de amistad. Y mucho menos es Jerusalén, que representa el lugar de la manifestación visible del Salvador, lugar de la visibilidad. Nazaret es el lugar de la no-visibilidad. Eso que Carlos de Foucauld pone bajo los términos de oscuridad, vida escondida, vida oscura, lugar donde se vive sin ser conocido y hasta despreciado.

### **Nazaret es un tiempo:**

Hemos hablado del tiempo para Dios. Nazaret es un tiempo que dura treinta años de la vida de Jesús. La encarnación de Dios podía haber ocurrido de otra forma. Y, sin embargo, ahí se encuentra el realismo y la verdad de la encarnación. Es necesario que Nazaret dure tiempo, porque es la eternidad de Dios que penetra en el tiempo de los hombres. Ocurrirá lo mismo con el Reino, que necesita madurar como el grano sembrado en tierra. Nazaret es el largo periodo del ocultamiento del grano, el tiempo de las maduraciones, el tiempo de las incubaciones, usando las palabras de Carlos de F. es la conciencia que todos deberíamos vivir de que para todo hace falta tiempo y, en particular, para las cosas de Dios.

A San Vicente de Paul le reprochaban su lentitud y él decía “tener miedo a adelantarse a los pasos de Dios”.

Nazaret es el tiempo que se pasa en la oración, en pura pérdida de sí. Es también el tiempo que se pasa en el trabajo y el tiempo que en él se pierde. Para Carlos de Foucauld fueron esas jornadas ante el Santísimo o meditando en su cabaña. En Tamanrasset fueron las casi 11 horas diarias de trabajo durante 10 años. Fue el tiempo pasado escuchando, poniéndose en relación con los vecinos y vecinas, poniéndose en comunicación.

Volver a encontrar el sentido del tiempo, ¿será marginarse?

### **Nazaret es un estilo de vida:**

Y para caracterizar ese estilo resumiendo lo que significó para Carlos de Foucauld, como para Jesús, lo mismo que para quienes le queremos seguir, lo más característico es la “vida ordinaria”; la vida que llevan el común de las personas, la que no es una especialidad. Es la vida de todo el mundo. Nazaret no es lo que margina. Si algo nos margina en nuestra vida en relación al mundo en que vivimos, eso no es Nazaret. Nazaret no es acoger lo insólito en nuestras vidas, sino al contrario, acoger lo cotidiano y lo ordinario. Dice Paul Claudel que “*vivir el presente y vivir con pasión es ya comenzar a vivir en la eternidad*”.

Nazaret es una vida sin originalidad. Es el lugar donde siempre se puede estar discretamente sirviendo. Es la referencia permanente a toda la vida de Jesús.

En un mundo donde todo se hace para hacerse notar, para ser visto, para que se pueda comparar, un mundo donde la rivalidad y la competencia juegan eminentemente al nivel del consumo, no se puede hablar de Nazaret sin tener en cuenta la pobreza, la humildad, la sencillez de vida. Podéis leer los arts. 23,24,25 y 26 del Directorio de Carlos de Foucauld. Si se toma como modelo a Jesús de Nazaret no se puede seguir un camino de enriquecimiento. Cito a Carlos de Foucauld en una carta que escribe a su hermana el 13 de octubre de 1899: “*Sí, querida, pido y pediré cada vez más por ti. Sobre todo, no te preocupes, no te inquietes... Sé sencilla, evita todo gasto inútil; sépárate cada vez más, en tu manera de ser y de vivir, de todo lo que huele a mundo, a vanidad, a orgullo... locuras que sólo sirven para disminuir nuestra gloria futura en el cielo, para prolongar nuestro purgatorio, para hacer pesar sobre nosotros la responsabilidad de haber dado ejemplo malsano a los demás, para hacernos solidarios con una manera de ser que la razón natural condena, que condena todavía más la religión cristiana, y que sólo se sigue, cuando se tiene sentido, para hacer como los otros, cuando más valdría darles buen ejemplo que imitar su insensatez... Sí, suprime todo lo inútil, todo lo que huele a mundo, pero no te angusties, no temas por el futuro... No suprimas nada, nada, nada de lo que pueda contribuir a la buena educación intelectual y moral de tus hijos, ni nada tampoco que pueda ser útil a tu progreso espiritual interior, personal; nada de economías en buenos libros, ni economías en limosnas; no suprimas nada por ese lado, al contrario, auméntalo (...) El mejor medio de no carecer de nada es compartir generosamente con los pobres, viendo en ellos los representantes de Jesús y a Jesús mismo...*”

### **Nazaret es una manera de ser:**

Más que una manera de actuar. Es una manera de actuar en la lógica del amor. ¿Nazaret es el silencio? Sí y No. No, porque Nazaret es el lugar de la escucha, de la comunicación, del compartir y de la amistad, el lugar donde la palabra se transmite en las conversaciones ordinarias de las personas. Sí, Nazaret es silencio porque Nazaret es gritar la Buena Noticia desde los tejados callándose, sin predicar, amando. Nazaret es la prioridad dada al amor vivido, la prioridad a lo que se es, más que a lo que se dice. Nazaret es una manera de abordar a los otros en el respeto, la escucha atenta, sin la

preocupación de querer transformarlos, es una cierta forma de existir con ellos, sin otra preocupación que manifestarles a cada uno/a el mayor amor posible.

Nazaret es el sentido de la inutilidad y de la gratuidad en un mundo donde la eficacia y el rendimiento son las únicas motivaciones; una predilección por los medios pobres, los que Jesús empleó hasta en su vida pública; una predilección por las cosas pequeñas de la vida cotidiana, esas cosas que toman valor de infinito y eternidad si se viven en el amor. Más que una manera de actuar es una manera de ser con los hombres y mujeres.

Nazaret es también una manera de ser con Dios, esta mirada contemplativa que es, sobre todo, una mirada puesta en Dios a través de la humanidad de Jesús, una mirada contemplativa de la creación, de su obra, una mirada atenta a la acción de su Espíritu en cada persona y en los movimientos de la historia y del mundo. Nazaret es ser con Jesús, hacerle compañía, como decía Carlos de Foucauld, hacerle compañía en todo, como los discípulos elegidos antes de enviarlos a la misión.